

# **el guiniguada**

RECENSIONES



TÍTULO DE LA PUBLICACIÓN:	<i>Un rastro de sirena</i>
AUTOR:	José Luis Correa
FECHA:	2009
LUGAR DE EDICIÓN:	Las Palmas de Gran Canaria
EDITORIAL:	Alba
IDIOMA:	Español
AUTOR DE LA RECENSIÓN:	Francisco J. Quevedo García

Es una trampa, les advierto. Comenzar a leer las primeras líneas de *Un rastro de sirena* —«Al principio, el muchacho pensó que se trataba de un remolino de algas de las que el mar despide con frecuencia» (p. 7)— es caer sin remedio en el vértigo veloz de una trama de suspense que nos mantiene en vilo hasta los coletazos finales, nunca mejor dicho tratándose de sirenas por medio. En verdad, ya lo suponíamos —al fin y al cabo, una de las características que definen las novelas negras de José Luis Correa es el realismo, que en ocasiones deviene en hiperrealismo de claras trazas sociológicas y críticas— no se trata de una sirena, sino del cuerpo de una atractiva mujer a la que han seccionado en dos, descubriéndose de ella sólo la parte superior, en la que quedan restos de un enigmático tatuaje, que va a ser una de las claves del relato.

El caso llega a las manos de Ricardo Blanco, el singular detective inventado por Correa desde que inició en 2003 con *Quince días de noviembre* su exitosa singladura en la novelística negra, continuada con *Muerte en abril* (2004) y *Muerte de un violinista* (2006), y que ha alternado con buen criterio y con sobresalientes resultados con otras facetas narrativas; así la histórica en *La hija del naufrago. El último viaje del «Alfonso XII»*, o las de temática intimista y de hondura psicológica, como podemos observar, entre otras obras, en *Me mataron tan mal* (Premio Benito Pérez Armas, 2000) y *Échale un ojo a Carla* (Premio Vargas Llosa, 2002), reeditada en 2008 por la editorial Almuzara con el título de *Una canción para Carla*.

A partir de la presencia en escena de Ricardo Blanco la maquinaria de la investigación en *Un rastro de sirena* se pone en marcha, y con ella una sucesión de acontecimientos que desembocan en una peligrosa historia en la que adquiere esencial protagonismo el mundo sórdido de las mafias que operan en el sur de la isla de Gran Canaria. Su campo de acción va desde el mundo de la trata de blancas, de la prostitución, al de la droga; por lo que se infiere que en la novela transitamos por terrenos ciertamente muy comprometedores. De hecho, aunque el

mundo de la marginalidad casi por definición sea una seña identificativa de la novela negra, apreciamos que en este último libro que tiene como protagonista a Ricardo Blanco se ha acrecentado con eficacia el componente de introspección por el envés de la sociedad. Correa añade al texto una dura carga de crítica social, entreverada por el sarcasmo que está hilvanado en la condición ética de la vida que manifiesta su peculiar detective.

Hemos hecho hincapié en el realismo, incluso hiperrealismo, que se evidencia en *Un rastro de sirena*. Esto nos hace recalcar en la capacidad del autor para retratar pormenorizadamente los espacios, los ambientes, en los que se van desarrollando las peripecias de la narración. Hay que subrayar al respecto que la producción de José Luis Correa se ha caracterizado por dotar a la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria, y por extensión a la isla —como se demuestra en este texto que extiende sus ramificaciones más allá del casco urbano—, de identidad literaria. Sin complejos frente a otras capitales de mayor calado demográfico y con más proyección internacional —véase sobre todo la presencia de Madrid y Barcelona dentro de la creación negra española—, José Luis Correa ha hecho suya la máxima de que la novela puede germinar en cualquier territorio y que, en especial, la negra, asociada por cuestiones socioeconómicas a las grandes ciudades —paradójicamente, en el mundo occidental conviven en éstas desde la opulencia a las enormes bolsas de marginalidad—, tiene en Las Palmas de Gran Canaria un escenario ideal que él conoce como la palma de su mano exhibiendo un admirable poder de observación. No nos referimos con esto sólo a un conocimiento físico de la ciudad y de la isla, sino fundamentalmente a la sabiduría que ejerce para recrear la idiosincrasia ciudadana e isleña a través de sus gentes y de sus hábitos. Las descripciones naturalistas de los garitos nocturnos, donde se cuece el negocio sórdido que da pie a la trama, son de una fidelidad manifiesta; pero no les van a la zaga aquellas otras descripciones de ambientación popular, como la del carnaval. No en vano, la historia tiene lugar en medio de estas fiestas donde el juego de la realidad y la apariencia simboliza una metáfora de la propia vida de esas chicas sometidas a la prostitución. No es casual en la novela la imagen de la sirena cortada en dos y del entierro de la sardina.

Descuella, no obstante, dentro de esta faceta descriptiva de personajes, costumbres y ambientes isleños, una figura —a nuestro juicio uno de los aciertos más notables del conjunto de las novelas de Ricardo Blanco—: su abuelo Colacho Arteaga. Es un anciano dedicado al artesano oficio de calafate, un hombre mayor pero aún entero físicamente y al cual los años han dotado de una experiencia que le ha hecho aumentar la cautela, el sentido común, la intuición y la socarronería; elementos que se perfilan como arquetípicos de una clase muy estimada de ser insular.

José Luis Correa, aparte de la trama siniestra que genera *per se* un interés creciente, emplea una serie de técnicas que concluyen en una obra en la que el di-

namismo, la agilidad textual, se convierte en uno de sus baluartes más firmes. La narración adquiere tintes cinematográficos, a través de las diferentes alusiones a los clásicos del séptimo arte y, sobre todo, a la concepción estructural del relato, cuya historia se va engarzando secuencialmente con sucesos que van acaeciendo en un proceso de tiempo lineal que favorece mucho la acción.

No es fácil contar una historia de acción. Para tal fin José Luis Correa maneja a conciencia, entre otras técnicas como la citada estructura temporal, las frases breves y concisas, en un estilo sobremano legible; los verbos de movimiento que imprimen animación; los diálogos tanto externos como internos que se insertan en párrafos cortos; así como las interrogaciones retóricas que funcionan como especulaciones mentales que el detective se va haciendo mientras lleva a cabo la investigación, pero también como preguntas directas a los lectores que son directamente implicados en la averiguación detectivesca.

La novela negra es hoy en día, a nadie se le escapa, una de las tendencias de este género más en boga, con un número mayor de adeptos tanto en el campo de los autores como de los lectores. Esto ha conducido irremediamente a la clonación; es decir, a la repetición de moldes y fórmulas ya establecidos anteriormente. Por ello es muy difícil la novedad en este ámbito y por ello, precisamente, nos resulta muy valorable la original contribución que José Luis Correa continúa aportando a la novela negra española con *Un rastro de sirena*, la última entrega —por ahora— de la serie de Ricardo Blanco.



TÍTULO DE LA PUBLICACIÓN:	<i>El corro de las niñas, el círculo de las mujeres. Un repaso al juego del corro desde sus orígenes como elemento de la cultura femenina</i>
AUTORA:	Mari Cruz Garrido Pascual
FECHA:	2010
LUGAR DE EDICIÓN:	Madrid
EDITORIAL:	Horas y Horas la editorial
IDIOMA:	Español
AUTORA DE LA RECENSIÓN:	Juana Rosa Suárez Robaina

Deliciosa publicación planteada, en principio y en palabras de la propia autora, como homenaje a las depositarias de la denominada literatura oral, niñas y mujeres que han convivido a lo largo de sus vidas con todo un rico acervo difundido también a través del juego del corro.

Aunque este ensayo no tiene la intención explícita de erigirse en tratado antropológico (ya nos lo advierte la autora en su propio *Prólogo*), sí logra, con la complicidad de quien lo lee, una reflexión compartida a través de un “viaje” de *re-conocimiento* de nuestra propia historia. Y en este itinerario, además, nos encontramos con un auténtico ejercicio de reivindicación de la cultura oral (eso sí, desde un enfoque de género), pero también con una invitación a la dinamización de la literatura oral desde los diferentes entornos de vida —y por tanto de aprendizaje— que nos rodean (familia, escuela, instituciones...).

Mostrar el corro como un espacio femenino de enculturación y socialización es pues el propósito esencial de este ensayo de 217 páginas que la autora oportunamente organiza y estructura también de modo circular. Y en su visión del corro no se descuidan sus dos componentes esenciales: lo danzado y lo cantado.

Fundamentalmente de lo danzado se ocupa la primera parte de esta obra: *Del bosque a la Plaza*. Se traza aquí un recorrido antropológico de la mujer en el círculo (y ocasionalmente también de algunos hombres). Se parte de la premisa de la danza como “uno de los códigos que el ser humano ha creado desde los orígenes para establecer un orden simbólico en su mundo...” y se exponen las claves interpretativas de ese círculo que baila, desde la prehistoria hasta el siglo XX, para el rito y para la fiesta, sobre todo para la vida y sus diferentes ciclos —estacionales, personales...—, pero también se da cuenta de cómo ese círculo se modifica... para la muerte.

Se dispone la autora a concluir esta primera parte con la inclusión de la transcripción de una entrevista a Josune Muñoz, directora de Skolastica, centro de divulgación de la literatura femenina. Conocemos a través de este testimonio la importancia dada a la plaza no sólo como marco del propio juego infantil sino como auténtico espacio comunicativo (y literario), democrático e igualitario.

Y cierra dicha primera parte con unas notas aclaratorias (las únicas que figuran en el conjunto de la obra).

La segunda parte *De la plaza a la cocina*, propone una reflexión sobre el papel enculturador de la mujer. Lo cantado ocupa ahora el interés primordial de la autora que se hace eco del papel esencial que las mujeres adultas cumplen en el juego del corro. En la cocina se fraguan también historias, anécdotas, mensajes... canciones y romances que la niña *devuelve* posteriormente a la plaza. Es el modo que tiene la autora de subrayar cómo en las letras del corro conviven en singular armonía los contenidos más infantiles e inocuos con los mensajes más provocadores y diversos (rapto y violación, incesto, infanticidio, adulterio...). Ocupa también un espacio muy importante en esta segunda parte la distinción que la autora establece entre la perspectiva y las letras de las canciones y las de los romances, textos ambos que nutren las piezas del corro. El dominio del “Yo” (primera persona) caracteriza al cancionero frente al predominio del “Ella”, más natural al romancero.

Cierra la autora esta segunda parte con unas breves conclusiones que insisten en la naturaleza compleja del corro como marco inocente pero a la vez de denuncia a través del poder de sus letras.

*De la cocina a la escuela*, la tercera parte, comenta lo que la escuela, como institución, ha significado en la transmisión de valores. Recuerda Mari Cruz Garrido el celo impuesto a través del Real Consejo de Instrucción Pública, institución de mediados del XIX que determinó en su momento una “intervención” en las letras y un maquillaje de las mismas en forma de un nuevo corpus escrito para re-educar con el juego. Se desarrollan así nuevas versiones (censuradas) “distintas” de las originales pero más apropiadas, insiste la autora, “a la moral más patriarcal” aunque, al parecer, de poco éxito.

Y concluye la autora la parte formalmente más doctrinal de este ensayo con unas *Conclusiones finales: De la escuela al bosque*. Se cierra así el círculo abierto en la primera parte. Se insiste ahora en la necesidad de reivindicar, también en nuestra época actual, los valores de la oralidad en todos nuestros ámbitos de comunicación e interacción. Ello pasa por una irrenunciable actualización y acomodo a los nuevos tiempos (historias adaptadas, nuevos personajes, nuevos entornos de difusión...).



Tras la Bibliografía, incorpora la autora un valiosísimo *Apéndice de canciones recopiladas*. Se organizan los textos básicamente en función de, insiste la autora, la naturaleza de los mensajes. Se distinguen así seis apartados: 1. El corro, espacio de libre expresión (que incluye temas como el casamiento desde la perspectiva de las niñas, los sentimientos ante el marido ausente, la elección monja/casada, los problemas con los hombres, la actitud ante el vino, la insolencia, la virginidad). 2. El corro, espacio de denuncia (infanticidio, incesto, violación, advertencias, las mujeres contra la guerra). 3. La igualdad en el corro (mensajes para educar a los más pequeños sin distinción de sexos, mensajes para repasar contenidos lingüísticos, matemáticos, históricos, consejos para elegir amiga). 4. El corro, espacio de diversión en grupo (letras que incorporan juegos compartidos, corros escenificados y dialogados...). 5. El corro, espacio de celebración de los ciclos anuales (estacionales —verano, primavera... —y festivos —navidad, carnaval...). Finalmente, el apartado 6 dedicado específicamente a los romances.

Se completa este ensayo con el *Listado de informantes*. Una vez más, Mari Cruz Garrido cierra armónicamente su círculo de homenaje que ya había abierto con los *Agradecimientos* que se adelantan al *Prólogo* de su obra.

Se advierte un formato diferente, vitalista y hasta transgresor, como el propio espíritu de este ensayo. Un formato que incorpora no sólo el cuerpo teórico al uso —y su preceptiva bibliografía—, sino ilustraciones a color (16 páginas que muestran 35 imágenes), una entrevista, textos de canciones y romances... y todo ello oportuna y convenientemente enriquecido con “testimonios” de informantes incorporados a lo largo de sus páginas. Sólo falta que el público lector se acerque a este círculo y lo abrace, lo complete y lo perpetúe en armónica tarea porque, como afirma en la obra Josune Muñoz, “si una abre el corro, la siguiente no lo cierra. Te puede hacer más o menos gracia, pero nunca he visto a una niña que diga que no a una mano que se abre en el corro”.